

TIEMPO DE ESTAR DESPIERTO

Queridos diocesanos:

En este tiempo de Adviento escuchamos continuas llamadas de la Iglesia a estar despiertos. Con frecuencia, perdemos la tensión hacia Dios en nuestra vida, y caemos en la mediocridad. Es preciso despertar.

Jesús no se cansaba de recomendar a los discípulos que estuvieran despiertos: “siempre despiertos” (Lc 21, 36), con la “cintura ceñida y la lámparas encendidas” (Lc 12, 35), velando (cf. Mt 24, 37). Necesitamos estar despiertos para poder descubrir la presencia de Dios en nosotros, en los demás, en el mundo. Despiertos, también, para buscar al Señor y para acogerle cuando viene a nuestra vida. Despiertos, en fin, para recibirle cuando se presenta -generalmente de improviso- en la figura de los hermanos, especialmente de los más pobres.

“Tened cuidado”, dice Jesús, “no se os embote la mente con el vicio, la bebida y la preocupación por el dinero” (Lc 21, 34). En este tiempo de adviento podríamos pensar qué cosas nos adormecen y nos conducen a vivir en la pasividad y el letargo. Quizás la rutina se ha apoderado de nuestra vida y hemos perdido el amor primero (cf. Ap 2, 4). Puede ser que el bienestar del que disfrutamos haya adormecido nuestro espíritu. Las muchas comodidades y entretenimientos hacen perder el vigor del alma y nos atontan. A lo mejor se nos ha contagiado la superficialidad y frivolidad dominante en nuestra sociedad y perdemos la mirada penetrante que debe caracterizar al hombre de fe.

Conozco tres remedios espirituales para el sueño. El primero es la oración, que devuelve la vitalidad al espíritu. Si no queremos relajarnos, busquemos el silencio y la soledad, para dialogar con Dios y dejar al corazón crecer en el deseo de Dios. El segundo es la sobriedad, que consiste en utilizar con moderación nuestros sentidos, nuestro dinero, nuestro tiempo, lo cual requiere un esfuerzo para dominar las propias pasiones y deseos, vigilando para que nuestro corazón no sea esclavo de nuestros sentidos. El tercer remedio es el amor. El corazón se va ensanchando cuando lo ejercitamos en el amor a Dios y a los hermanos. Amar de verdad impide que nos relajemos y nos durmamos.

Algunos monjes de la antigüedad se llamaban “népticos”, es decir, “los vigilantes”. Tenían una fuerte conciencia de que la vigilancia era una condición fundamental para comenzar, mantenerse y progresar en la vida espiritual. En realidad, todo cristiano debería ser un vigilante, alguien que tiene la mente clara para contemplar la realidad y que tiene preparado el corazón para acoger al Salvador. Dichosos los siervos a los que el Señor encuentre despiertos, decía Jesús (Lc 12, 37).

Dichosos nosotros si este tiempo de Adviento nos ayuda a superar la pereza y la apatía y a espabilar el alma.

† **Francesc Conesa Ferrer**
Bisbe de Menorca